

Personajes de la sierra tepehuana

Don Evaristo Flores González

Chantal Cramaussel¹

1 El Colegio de Michoacán, México.

DON EVARISTO FLORES nació en El Capomal el 26 de octubre de 1935, en plena guerra cristera. Huyendo de los conflictos, sus padres dejaron la barranca del río San Diego para establecerse primero en El Salto, asentamiento forestal que tenía aserradero y se había transformado en el poblado más importante de la sierra: tenía ya 4235 habitantes en 1930 y se empadronaron seis mil personas en 1940. Luego, cuando el pequeño Evaristo tenía unos cinco años, la familia buscó refugio en El Llano donde los habitantes de San Bernardino habían llevado todas las imágenes del templo porque la cabecera de la comunidad fue totalmente abandonada entre 1925 y 1929, y de nuevo de 1934 a 1941, durante las contiendas bélicas. Un par de años después, al pacificarse la región, Evaristo volvió al Capomal, que pertenece a la comunidad de Milpilllas. Allí acabó de crecer. Pronto, a los 18 años de edad, perdió a sus padres que están enterrados en El Comedero, cerca de La Cumbre, en el camino que lleva de Milpilllas a San Francisco de Lajas.

El Capomal no contaba con ningún plantel educativo, pero cada vez que Evaristo Flores iba a la cabecera –donde sí había un

maestro de primeras letras (aunque de manera intermitente entre 1926 y 1954)– «andaba de preguntón». Les pedía a los niños de su edad que sabían leer y escribir que le enseñaran las letras, y recogía pedazos de lápices y todos los papeles que encontraba tirados en el suelo para apuntar las letras y ejercitarse en la escritura. Varias personas se dieron cuenta de su gran interés por aprender y le regalaron libros. Entre los primeros estaban «una aritmética de las antiguas» y un código de procedimientos civiles. Así, aprendió lo suficiente para transformarse en maestro alfabetizante. En México desde los años cuarenta del siglo xx se hizo un gran esfuerzo para que todos los ciudadanos pudieran leer y escribir; en la sierra tepehuana también. Evaristo Flores ejerció ese oficio entre los 23 y 27 años de edad en La Yerbabuena, localidad situada también en la barranca.

En 1962, tras tener problemas en La Yerbabuena, don Evaristo se fue a la costa. Estuvo en la tarea de *coamiles* (cultivo de los campos) de febrero a junio, y en el verano volvió a la comunidad de Milpillas. Unos años después ocupó su primer cargo en el gobierno de San Bernardino, donde fue nombrado alguacil. Luego regresó de nueva cuenta a la barranca, que dejó una vez más para trabajar algunos meses de oficinista en el rancho de Calabazas, en los años setenta. En 1973 lo nombraron jefe de cuartel (gobernador tradicional) por un año; fue cuando llevó de Canatlán a Milpillas manzanos para plantarlos alrededor de la iglesia, pero esos árboles se secaron posteriormente por falta de cuidado. Volvió a ocupar el mismo cargo dos décadas después, en 1992-1993. Esa vez mandó construir el «aposentillo», donde se coloca al Nazareno durante la Semana Santa. Fue también elegido comisariado de bienes comunales entre 1988 y 1990, y para ello tuvo que irse a vivir a Durango, al patio de Milpillas, comunidad en la que prevalece la actividad forestal. Confiesa que en esos años «no dio el ancho» porque lo rebasó la administración del aserradero. Durante el tiempo en el que fungió de comisariado, no hubo reparto pero tampoco dejó deudas.

Don Evaristo Flores se casó a los 16 años por la Iglesia con una mujer de la misma edad. Su hijo mayor falleció cuando era todavía

párvulo pero luego tuvo otro con su primera esposa de la que pronto se separó. Con la segunda tuvo once hijos (seis mujeres y cinco hombres), y con la tercera doce. Todos ellos fueron «de su cobija» pero dice ser tal vez padre biológico de otros más. Sus dos esposas, que son hermanas, «se le arrimaron» y, junto con sus respectivos hijos, radicaban en dos casitas de madera que daban al mismo patio. En esa época no era muy difícil mantenerlos a todos porque el jefe de familia producía suficiente maíz y fríjol en las tierras que cultivaba. Sus veinticuatro hijos no fueron a la escuela, pero don Evaristo les enseñó a leer y escribir y algunos aprendieron un oficio cuando se fueron a Durango donde, de hecho, tres de ellos manejan grúas. Hoy casi todos están casados y tienen trabajo, pero tres murieron y a uno más, hace unos años, lo desaparecieron los sicarios que ensangrientan la sierra.

Don Evaristo no ocupó nunca cargo alguno en la Iglesia tradicional, pero ha sido miembro activo de la cofradía del Nazareno, que se rige de manera independiente. A los 15 años sucedió como «Hermano Mayor» a dos de sus tíos lejanos, Enrique y Baltasar Avitia. Contrajo ese compromiso por curiosidad, pero se trata de un cargo vitalicio con el que no ha dejado de cumplir desde hace 62 años. Hoy todavía, cada quince días, viste al Nazareno y, durante la Semana Santa, dirige buena parte de los rituales que tienen lugar en el templo tradicional de la comunidad y en la capilla llamada aposentillo. Enseña siempre con buen humor a los jóvenes cofrades, paso por paso, qué es lo que deben hacer, dónde colocarse y poner al Nazareno, cómo adornar la urna, etc. A sus 84 años veló la imagen las noches del jueves y del viernes, en 2019, junto con los fariseos y los demás miembros de la hermandad de Cristo, a los que también se les dice «cristeros». Entona las alabanzas, lee los rezos y canta durante las dos procesiones que se organizan el jueves y el viernes de la Semana Santa.

Como es el caso de la mayor parte de los milpilleros, don Evaristo Flores no construyó su casa en el pequeño centro de la población sino en la ladera de uno de los cerros que dominan San Bernardino. Allá se puede tener animales sin correr el riesgo de entrar en

conflicto con los vecinos, sólo colinda su morada con la de su hermana doña Eva, viuda de don Julio Ramos, el increíble músico del que se publicó la primera biografía de «Personajes de la sierra» en 2012 (*Revista de Historia* 4, 133--140). El grupo de parentesco entierra a sus muertos en un pequeño panteón familiar que se ubica entre la casa de don Evaristo y la carretera que conduce de Milpillas a San Francisco de Lajas. Ese privilegio lo pueden tener, desde luego, sólo personas que viven lejos del centro del asentamiento

Don Varo, como le dicen los milpilleros con cariño, está preocupado por transmitir su conocimiento de los rituales tradicionales de la comunidad «a la moderna». Nadie en su familia le va a suceder en la hermandad y los jóvenes varones de la asociación, acompañados por sus respectivas esposas, tienen todavía mucho que aprender. Además, son cada vez menos las personas que participan en la hermandad por una manda contraída, que suele prolongarse a lo largo de cinco años entre los tepehuanos.



Don Evaristo con el cuaderno de alabanzas

Fotografía: Chantal Cramausse, 2019.



Fotografía: Chanta Cramausel, 2019.

Don Evaristo Flores González, Hermano Mayor desde hace 62 años, junto a la urna del Nazareno en el aposentillo, en San Bernardino de Milpillas.